

Recepción: 11-01-2018 Aprobado: 14-06-2018

EL DESARROLLO DEL HÁBITO LECTOR EN LOS EDUCANDOS THE DEVELOPMENT OF THE READING HABIT IN STUDENTS

Juana Guerrero García¹ (juanag@ult.edu.cu)

Roberto Fernando Valledor Estevill² (robertove@ult.edu.cu)

Rafael Angel Ponce de León Hechavarría³ (rafaelph@ult.edu.cu)

RESUMEN

En el artículo se conceptúa el hábito lector y se exponen los fundamentos epistémicos que sustentan el desarrollo del hábito lector de los educandos. Se enfatiza en la motivación como médula de este proceso y en la necesidad de que los docentes estimulen a los educandos a leer, de forma tal que sientan el deseo de hacerlo de manera espontánea y sistemática. Se concibe la lectura como una actividad interactiva entre el texto y el lector, lo cual permite considerar desde el punto de vista didáctico que la formación lectora es un complejo proceso de adiestramiento y de educación para lograr la implicación del lector con el texto.

PALABRAS CLAVES: Hábito lector, formación lectora, sustentos del desarrollo del hábito lector.

ABSTRACT

In the article the reader habit is conceptualized and the epistemic foundations that sustain the development of the reading habit of the learners are exposed. Emphasis is placed on motivation as the core of this process and on the need for teachers to stimulate students to read, in such a way that they feel the desire to do so spontaneously and systematically. Reading is conceived as an interactive activity between the text and the reader, which allows us to consider from the didactic point of view that reading education is a complex process of training and education to achieve the reader's involvement with the text.

KEY WORDS: Reading habit, reading training, support for the development of reading habits.

En la actualidad la labor de la escuela debe estar encaminada a enseñar a pensar, enseñar a aprender y enseñar a actuar; basándose en el desarrollo de habilidades intelectuales y estratégicas que les permitan a los educandos participar de manera activa en la sociedad. Formar hábitos lectores constituye un pilar fundamental en el desarrollo de estas habilidades, para lo cual es imprescindible fomentar el gusto por la lectura, y así nos lo alertó nuestro Apóstol:

Leer, escribir, contar, eso es todo lo que les parece que los niños necesitan saber. Pero ¿a qué leer, si no se les infiltra la afición a la lectura, la convicción de que es sabrosa y útil, el goce de ir levantando el alma con la armonía y grandeza del conocimiento. (Martí, 1975, t.11, p. 84-85)

¹ Máster en Educación, con categoría docente de Profesor Auxiliar. Universidad de Las Tunas, Cuba.

² Doctor en Ciencias Pedagógicas, con categoría docente de Profesor Titular. Universidad de Las Tunas, Cuba.

³ Licenciado en Educación Primaria, con categoría docente de Profesor Auxiliar. Universidad de Las Tunas, Cuba.

De aquí se infiere la necesidad de cultivar el gusto por la lectura desde las primeras edades, y es evidente que el encargo social, en este sentido, de los educadores: maestros, profesores, bibliotecarios y todos los que participan en la función educativa de los sujetos no debe limitarse a enseñar a leer, es de gran importancia formar y desarrollar sólidos hábitos lectores, máxime si se tiene en cuenta que para cumplimentar el fin de la educación cubana, se incluye, entre otras, “La educación estética, que se dirige a desarrollar en los individuos la capacidad de expresar y percibir, comprender, sentir y disfrutar la belleza artística y los ideales y sentimientos que se manifiestan por medio del arte en sus diversas formas” (Partido Comunista de Cuba, 1978, p. 371).

Entre esas manifestaciones artísticas se encuentra la creación literaria, por tanto, desarrollar en los educandos la lectura de obras literarias es contribuir al fin de la educación cubana, porque favorece el desarrollo de su personalidad; pero es decisivo que se disfrute del acto de leer y se convierta en una actividad espontánea. En consecuencia, la política cultural de la Revolución cubana enfatiza sobre la necesidad de no limitar el papel de la literatura artística a la función didáctica, sino aprovechar todas las potencialidades que ofrece en la formación y transformación de los individuos.

A los docentes les corresponde el proceso de enseñanza-aprendizaje de la lectura, y en este sentido, dichos agentes socializadores deben reconceptualizar el rol que les corresponde, porque para desarrollar habilidades y hábitos lectores es indispensable sentir el placer por la lectura, disfrutar del acto de leer, y tradicionalmente la escuela se ha encargado de formar hábitos y habilidades de lectoescritura, pero ha descuidado la estimulación del gusto por la lectura, lo ideal es que el educando reciba estímulos para la lectura desde todos los contenidos del currículo.

Desde los primeros grados hay que ensanchar el horizonte en cuanto a los objetivos de la lectura que siempre irán, de manera paulatina, mucho más allá de la simple descodificación (aunque a esta no se le debe restar importancia), sin olvidar la necesidad de enseñar a leer para aprender y enseñar a leer para leer. Debatir más qué significa el placer de leer y no separarlo del aprendizaje inicial de la lectura, deberían ser tareas de primer orden para los docentes. La enseñanza de la lectura debe estar indisolublemente unida a los disímiles mecanismos para propiciar que el niño sienta necesidad de leer, deseo de leer y gusto al hacerlo. (Rodríguez, 2007, p. 6)

Es incuestionable que en el hábito lector resulta necesario el desarrollo de habilidades y la destreza en la práctica de la lectura; pero hay que garantizar que no se desvíe hacia una mecanización lectora, lograr que trascienda a una comprensión automática cada vez que se lea. Esta comprensión automática de la lectura no resulta una acción inconsciente, sino que al comprender de manera automática un texto, aquel control consciente que participó en el desarrollo de la habilidad ha alcanzado un mayor nivel al establecer una relación entre lo leído y las experiencias personales. La comprensión se vincula estrechamente con la visión que cada uno tiene del mundo y de sí mismo.

Conceptuación del hábito lector

Consideramos que el hábito lector está estrechamente relacionado con la constancia, con el actuar habitual hacia la actividad de lectura. En el *Diccionario Espasa Escolar* (1989, p. 550) se define el hábito como el “modo especial de proceder o conducirse

adquirido por repetición de actos iguales o semejantes”. Esto coincide con el *Diccionario de la Real Academia Española*.

Según Brito (1984, p. 75) el hábito es “... la automatización parcial de la ejecución y regulación de las operaciones dirigidas hacia un fin”. Este autor considera que la automatización ocurre cuando las operaciones son ejecutadas con una menor participación de la conciencia, las que al principio exigían de una mayor regulación consciente, lo cual no significa que al estar formado el hábito no exista la intervención de la conciencia; por muy automatizada que estén las operaciones de una acción, mantiene su finalidad consciente. Esto permite su regulación y posibilita, que cuando sea necesario, alguna operación que ya estaba automatizada vuelva a pasar al plano de la conciencia porque lo exigen las circunstancias, como cuando se comete un error y se rectifica, por tanto, la automatización no es absoluta: toda actividad está regulada por la conciencia.

Al respecto, Abbagnano (1972, p. 599) considera que el hábito es “... una inclinación constante o relativamente constante a hacer o a obrar de una manera determinada”.

Sobre la base de las ideas anteriores, desde la perspectiva de este artículo, consideramos que el hábito lector es la práctica sistemática de la actividad de lectura, condicionada por el disfrute del sujeto y la necesidad que sienta de que la lectura forme parte de su vida como proceso que interviene en el incremento de su cultura general y la formación integral de su personalidad.

La motivación constituye la médula de este proceso, porque un sujeto puede tener el conocimiento necesario que le permite saber leer, pero esto no garantiza el hábito lector. Es el deseo o el querer leer el que marca la diferencia entre los lectores habituales y los no lectores. Se trata de analizar el hábito lector desde la dualidad de la preparación del sujeto para que desarrolle su capacidad de leer y la transformación de dicho acto en necesidad: la motivación.

El deseo de leer es el factor más poderoso para formar y desarrollar el hábito lector y se logra mediante la asociación de esta actividad al placer, a la satisfacción y al entretenimiento. Aunque el sujeto sepa leer si no siente el deseo de hacerlo, no desarrollará el hábito lector.

El hábito permite al sujeto desarrollar la metacognición sobre lo que realiza habitualmente, por lo tanto, el hábito lector será lo que le posibilitará al educando/lector conocer la eficacia con la que realiza esta actividad; basado en la comprensión y la interpretación como elementos claves.

En el desarrollo del hábito lector se deben considerar los siguientes principios generales:

- El hábito lector se desarrolla en la actividad: Hay que tener en cuenta el papel activo del lector y propiciar condiciones para que además de disfrutar de la lectura participe creativamente en la reconstrucción del texto.
- El hábito lector se desarrolla con la constancia: Hay que estimular a los educandos a que lean sistemáticamente, el hábito de lectura se desarrolla leyendo todos los días.

- El hábito lector es el resultado del ejercicio: Para lograr la automatización de las operaciones del proceso lector, el sujeto tiene que ejercitar la lectura.
- En el desarrollo del hábito lector interviene la preparación del sujeto: Hay que tener en cuenta los conocimientos previos del educando/lector, en cuanto a conocimientos lingüísticos, culturales y, específicamente, sobre el tema.

Sustentos epistémicos del desarrollo del hábito lector en los educandos

La filosofía marxista-leninista, sustento de la obra pedagógica cubana, tiene en cuenta de forma integral las potencialidades físicas y espirituales del hombre como ser social, lo cual precisa de la inevitable unidad entre la educación y la sociedad.

Leer es una forma de participar en la sociedad, es una manera de decir y pensar la sociedad en que se vive. Por ello, quien no sea capaz de leer y descifrar el mundo en que se encuentra correrá el peligro de la manipulación; mientras que aquel que desarrolle sus potencialidades lectoras estará en camino de afianzar sus convicciones y pensar por sí. (M. A. Rodríguez, 2007, p. 13)

El desarrollo del hábito lector en los educandos se sustenta en el principio básico general de la filosofía marxista-leninista de la educación, en el que se centra la política educacional cubana: “Educar es (...) preparar al hombre para la vida” (Martí, 1975, t. 8, p. 281). La lectura asidua contribuye a preparar al individuo para vivir en sociedad, para insertarse a la sociedad de forma activa: le permite establecer mejor comunicación con sus semejantes, así como elevar su nivel cultural y su creatividad, porque “saber leer es saber andar” (Martí, 1975, p. 156).

Cuando el Apóstol se refirió a saber leer, lo hizo teniendo en cuenta su significación más amplia, concibiendo su interrelación dialéctica entre lo cognitivo y lo actitudinal: saber comprender, interpretar, significar el texto y aprovechar todas sus potencialidades educativas, axiológicas, lingüísticas, estéticas, y aplicarlas a la vida cotidiana, enriquecer los modos de actuación: crecer personalmente con cada lectura que se realice.

La filosofía de la educación cubana establece que la educación cumple sus finalidades mediante la asimilación de la cultura y la preparación de los educandos para participar en el desarrollo de la sociedad, y entre los parámetros que señala para ello se encuentra: “... lograr hombres críticos, creativos y comprometidos con su realidad y que aprendan a tener un pensamiento alternativo” (Martínez, 2003, p. 9).

Las actividades para desarrollar el hábito lector deben diseñarse sobre la base de estos sustentos de la educación cubana, de forma tal que contribuyan a que los educandos desarrollen su pensamiento divergente y su creatividad, y fortalezcan sus convicciones. Se debe propiciar que las comparaciones que establezcan entre las diferentes situaciones sociales descritas en las obras literarias y nuestra realidad, les permitan tomar conciencia, en mayor medida, de la necesidad de contribuir a la defensa y al desarrollo de nuestra sociedad socialista.

Asumimos la definición de obras literarias como un producto de la creación artística “... que, además de llevar un mensaje, como un acto de comunicación que son, encierran una particular belleza. Este concepto se corresponde con el de literatura (...) como arte.

Así pues, la novela, el teatro, la poesía son obras de creación literaria” (Montaño, 2006, p. 209).

Las obras literarias constituyen una parte significativa del producto cultural de la humanidad, en las que se reflejan tradiciones, costumbres y caracterizaciones de diferentes periodos del desarrollo social. La lectura de esas obras le permite al sujeto apropiarse de la herencia cultural y trasmitirla a otros, es una vía para que en la interacción sujeto-sujeto se desempeñe el papel mediatizador: es un proceso de transmisión de conocimientos del emisor al receptor, y los conocimientos adquiridos por el receptor pueden ser transmitidos a su vez a otros sujetos que entran en relación con él. Constituye un pilar esencial para desarrollar en los educandos su cosmovisión, porque la obra literaria no es una copia fiel de la realidad, pero sí un reflejo de ella; es un producto social en el que se pone de manifiesto la teoría leninista del conocimiento: “... de la contemplación viva al pensamiento abstracto y de este a la práctica” (Lenin, 1986, p. 161).

Sobre esta teoría se sustenta también la actividad de lectura: el lector tiene que activar los conocimientos que tiene del mundo que lo rodea, de la realidad objetiva, para comprender la esencia de la obra literaria como reflejo de esa realidad que el escritor recrea en forma de imágenes artísticas, con las que el escritor pone de manifiesto su concepción del mundo; y a través de su obra influye sobre los lectores, porque a partir de las ideas expresadas en la obra literaria, el lector puede elaborar sus propios juicios y valoraciones que pueden ser aplicados a situaciones de la vida cotidiana.

La actividad de lectura contribuye de manera decisiva al desarrollo de la sociedad en los diferentes ámbitos, porque la obra literaria refleja la realidad recreada mediante la imaginación del autor. Al respecto en la “Tesis sobre la cultura artística y literaria”, se precisa que: “La creación artística y literaria debe reflejar la problemática de la vida social e individual (...) su función contribuye a la tarea educadora, constructiva e impulsora de las metas que se traza la clase obrera en la edificación de la nueva sociedad” (Partido Comunista de Cuba, 1978, p. 484).

En la obra literaria confluyen la experiencia de la vida y la imaginación del escritor, que basado en los hechos del mundo circundante crea su obra con el propósito de que sea leída y así dar su aporte a la sociedad. Sobre esto, Fonet (1997) considera que el fundamento sociológico de la estética marxista, radica en la dialéctica de la oferta y la demanda: cuando el escritor crea su obra, también está creando un nuevo lector, por supuesto se refiere a un lector potencial. Esto se corresponde con el criterio de Marx al referirse a las obras artísticas y manifestar que: “La producción ofrece, por tanto, no solo un objeto para el sujeto, sino además, un sujeto para el objeto” (citado por Martínez y otros, 1989, p. 9). Y es que el escritor cuando crea su obra lo hace pensando en un determinado tipo de lector potencial, en un lector modelo; una obra literaria que no logre el tránsito de ese lector potencial en real, no tiene razón de ser, su existencia es inútil y no aporta nada a la sociedad.

Vega (2004) en su estudio sobre sociología de la literatura recurre a la labor desplegada por Varona, específicamente a su discurso *Importancia social del arte*, publicado en 1887, en el que se observan importantes principios sociológicos y estéticos: “El artista no crea para sí (...) produce para sus semejantes y necesita que sus concepciones se

aquilaten, se embellezcan y aun se transformen, reflejándose y refractándose en millones de corazones y de conciencias” (citado por Vega, 2004, p. 216).

Al analizar este postulado de Varona encontramos en él un sustento de las teorías relacionadas con la lectura en las que se subraya el papel protagónico del lector, teniendo en cuenta precisamente que la obra literaria solo adquiere su verdadero valor cuando encuentra un lector, y cada lector realizará de ella una lectura diferente, una lectura nueva; que puede estar en correspondencia o no con lo que quiso transmitir el autor. De ahí que es el lector el encargado de que las concepciones del escritor “se aquilaten, se embellezcan y aun se transformen”.

La lectura de obras literarias desarrolla las capacidades mentales, las habilidades comunicativas, la cultura general del sujeto: influye decisivamente en el desarrollo de la personalidad. Un asiduo lector de obras literarias desarrolla en mayor medida la autovaloración, al comparar sus modos de actuación con los de los personajes estará en mejores condiciones de analizar su conducta; cuando valora las actitudes positivas y las negativas, puede crear patrones de conducta superiores. Si asume el papel activo que le está conferido, desarrolla su pensamiento divergente, tal como afirma Montaigne: “En más de una ocasión el lector sagaz descubre en los escritos perfecciones distintas de las que el autor allí puso y percibió, y en más de una ocasión les confiere contenido e imágenes más ricas” (citado por Massip, 2007, p. 6).

Esta afirmación evidencia un desarrollo en cuanto a las concepciones teóricas relacionadas con la lectura, la que ha sido tratada desde diferentes perspectivas por varios estudiosos del tema, entre los que se encuentran: Goodman (1982, p. 5), quien considera que “diferentes personas leyendo el mismo texto variarán en lo que comprendan de él, según sean sus contribuciones personales al significado”. Y es que “al interpretar lo leído, se produce un significado que está mediado por la cultura y la experiencia del que lee” (León, 2013, p. 5).

Es importante señalar que en las concepciones del proceso lector se aprecia una tendencia a asignarle el papel activo que le corresponde al lector, quien le atribuye las significaciones al texto y es el encargado de que se concrete dicho proceso.

En los estudios realizados por Massip (2007), se puntualiza que la proliferación de estas teorías adquiere mayor fuerza en la segunda mitad del siglo XX, sobre la base conceptual de que el lector no se subordina a los designios e intenciones del texto, sino que colabora en su construcción. Esta autora establece puntos de contacto entre los postulados de dichas teorías y los enfoques psicológicos de Vigotsky y sus seguidores, al considerar que no son las ideas adquiridas mediante la lectura, las que provocan el mayor desarrollo; sino la reacción reflexiva y abierta del lector, que depende mucho de la riqueza y diversidad de su experiencia (psicológica, social y cultural) y de sus necesidades e intereses.

En las diferentes definiciones de lectura consultadas se constata como punto coincidente lo relacionado con la interpretación del texto por el lector, la búsqueda constante de significados, que es la característica más importante del proceso lector. Este es el elemento que le ha permitido a Goodman (1982) considerar que la diferencia entre los buenos lectores y los malos lectores consiste en lo bien que cada uno utiliza el proceso y sea capaz de obtener significados a partir del texto.

Garantizar que nuestros educandos sean buenos lectores es contribuir al cumplimiento de la política educacional cubana, porque el buen lector contrasta siempre su mundo con el que le ofrece el texto, establece diferencias y semejanzas, recrea el mundo del texto, y en este proceso desarrolla su personalidad.

Por eso es tan importante desarrollar el hábito lector en los educandos, lo cual puede lograrse mediante un trabajo motivacional que genere la necesidad de leer, porque "... la regulación inductora del comportamiento, o sea, la motivación determina, regula, la dirección (el objeto meta) y el grado de activación o intensidad del comportamiento" (González, 1995, p. 2). Si logramos movilizar la actividad del sujeto hacia la lectura y que sienta satisfacción al realizarla, que la disfrute y se convierta en una actividad placentera para él, garantizaremos la lectura sistemática, formaremos entonces el hábito lector.

El concepto motivación es una categoría psicológica que expresa las relaciones entre los modos de actuación y las causas que lo originan: toda actividad está regida por determinados motivos.

Se asume el enfoque teórico de motivación ofrecido por F. González (1985), quien considera que los modos de actuación de los sujetos están en dependencia de su orientación motivacional en diferentes situaciones. Teniendo en cuenta este presupuesto teórico, se puede afirmar que para modificar los modos de actuación de los educandos en cuanto a la actividad de lectura, es imprescindible que se motiven por esa actividad, porque la actuación de los sujetos está determinada por las necesidades que satisface con las diferentes actividades, por la significación que tengan para sus intereses.

Por tanto, en la motivación por la lectura es determinante la concepción que se tenga de esta actividad, el convencimiento de cuánto contribuye el hábito lector al crecimiento personal y el disfrute que puede proporcionar. Es necesario que los docentes estimulen a los educandos a leer, de forma tal que sientan la necesidad y el deseo de hacerlo de manera espontánea y sistemática.

Hay que trabajar en función de que la lectura adquiera su verdadero significado y sentido en los educandos, esta labor debe realizarse sobre la base de los beneficios que aporta el hábito lector en la preparación del sujeto para la vida, hay que lograr que comprendan los valores que tienen las obras literarias, no solo como trasmisoras de conocimientos, sino por su función estética; por la posibilidad que ofrecen de transportarnos a determinados espacios y tiempos y por las relaciones afectivas que pueden establecerse entre lectores y personajes; así como por lo que aportan al desarrollo de las habilidades de comunicación y, de forma general, al enriquecimiento cultural del lector.

Coincidimos con Labrada y Abreu (2014, p. 2) en que:

Para lograr que los estudiantes sean activos lectores es necesario realizar una eficaz promoción de lectura, en la que se logre la motivación por leer (...) es preciso plantearse actividades motivacionales que toquen la fibra del sentimiento, único modo de despertar una actitud investigativa y lectora que trascienda los límites del aula y se convierta en una cualidad importante que marque la personalidad de cada individuo.

El hábito lector permite al sujeto autoevaluarse y conocer si los procedimientos utilizados en la actividad son los adecuados, si son eficaces. Esto lo conoce el lector a través de la confirmación o no de sus predicciones, sus hipótesis; a partir de las inferencias realizadas. Estas habilidades se perfeccionan y enriquecen con el desarrollo del hábito lector, para lo que resulta imprescindible "... que el individuo recurra regularmente y por su propia voluntad a los materiales escritos, como medio eficaz para satisfacer sus demandas cognoscitivas y esparcimiento" (Rodríguez, citado por Fundora, 2008, p. 30).

En la actualidad, los maestros tienen el rol de enfrentarse a situaciones de aprendizaje caracterizadas por el trabajo conjunto con sus educandos y buscar entre todas las soluciones a situaciones problemáticas significativas de la realidad sociocultural; las exigencias de la pedagogía contemporánea precisan de un maestro comprometido con su tiempo y su profesión, que aprenda constantemente y que de forma creativa participe activamente en el desarrollo de la sociedad.

Un maestro que no tenga hábito lector, difícilmente podrá cumplir su encargo social. Es este profesional uno de los principales agentes socializadores responsabilizado con la formación y desarrollo de la personalidad de sus educandos, y en este sentido es determinante la influencia que ejerce mediante sus modos de actuación y ejemplo personal. La imagen de un maestro o un profesor lector influye decisivamente en los educandos.

El tránsito del niño de la zona de desarrollo actual a la zona de desarrollo próximo, depende en gran medida de la profesionalidad del maestro, de que sea capaz de guiarlo y orientarlo en ese tránsito, para lo cual necesita una amplia cultura que le permita buscar soluciones educativas al desarrollo en cualquier situación, y esa cultura general la proporciona la lectura.

En el proceso lector el mensaje pasa de un plano interpsicológico al intrapsicológico, se establece una situación de comunicación en la que el emisor influye sobre el receptor, el que analiza su conducta y valora sus actitudes. Este proceso se sustenta sobre el postulado de la internalización.

Para Vigotsky las funciones psíquicas superiores existen en dos dimensiones diferentes: primero en el plano social interindividual o interpsicológico y, posteriormente, en el plano intraindividual o intrapsicológico (...). Lo externo, que es cultural, llega a ser interno mediante un proceso de construcción con otros que implica la transformación de las estructuras y funciones psicológicas. La utilización posterior de lo internalizado (producto cultural), ya transformado subjetivamente, se manifiesta en un proceso de externalización que conduce a la transformación de los procesos culturales. Esto indica una interacción dialéctica entre lo social y lo individual que no debe interpretarse como un acto de transmisión cultural, unidireccional y mecánico, por cuanto el sujeto es un ente activo, constructor y transformador de la realidad y de sí mismo, y no un simple receptor-reproductor. (Bermúdez y Pérez, 2004, p. 50)

Desde esta perspectiva hay que ver la actividad de lectura: el lector crea su propia visión sobre la base de sus vivencias y su subjetividad, reconstruye el texto. Por eso a un mismo texto se le atribuyen diferentes significaciones, en dependencia del estrato social o la formación ideológica y axiológica de los lectores, su instrucción y educación, así como las lecturas realizadas previamente.

Actualmente se concibe la lectura como una actividad interactiva entre el texto y el lector; desarrollada en un proceso de construcción de significados. Se establece una comunicación entre el lector y las ideas del escritor, esto ejerce una gran influencia educativa; es precisamente mediante la comunicación que tiene lugar el proceso educativo de los sujetos.

Es esta la concepción que asumimos, lo cual nos permite considerar desde el punto de vista didáctico que la formación lectora es un complejo proceso de adiestramiento y de educación para lograr la implicación del lector con el texto, por eso es prioritario desarrollar el hábito lector en nuestros educandos, porque como expresara nuestro Apóstol: "... habitúase el ánimo con el contacto a las cosas (...) adormécese el ingenio, el mismo genio se adormece por falta de cultivo y desarrollo..." (Martí, 1975, t. 6, p. 294). Únicamente con el desarrollo del hábito lector en nuestros educandos, será posible lograr la formación lectora, porque "aunque se sepa leer, no se es lector hasta que no se adquiere el hábito de la lectura" (Cerrillo, 1996, p. 49).

El análisis didáctico de la formación lectora, desde la perspectiva de la recepción, implica la interrelación entre el texto y el lector. Se precisa de una interacción en la que el lector tiene que percatarse de las peculiaridades del texto, advertir su intencionalidad y aportar los conocimientos personales y habilidades para interpretar las ideas que el autor intenta transmitir; porque la lectura es un proceso de pensamiento, en el que intervienen conocimientos previos, hipótesis, expectativas, anticipaciones, previsiones del lector: a partir de los estímulos textuales y una compleja actividad interactiva el lector construye sus significados, para lo cual tiene en cuenta tanto las ideas explícitas como las implícitas. Esa relación entre el texto y el lector es la que decide la efectividad de la lectura.

Para que los maestros y profesores cumplan con la responsabilidad que ha delegado en ellos la sociedad, en cuanto a la formación lectora, deben tener en cuenta que:

... es necesario desde la docencia más que imponer la lectura, contagiarla con pasión, para que ella sea alegría, gozo en el descubrimiento, (...) viaje en el que compartimos mediados por el texto (...) ideas, aspiraciones, creencias, valores, cosmovisiones del mundo y desde donde, cada acto de lectura es reflexión y conocimiento del otro –y de los otros– e indagación profunda sobre nosotros mismos. (Montaño, 2005, p. 81)

Por eso es importante que en las actividades de lectura los educandos participen de forma activa y se retroalimenten con las discusiones provocadas por las ideas divergentes para llegar a un juicio personal. Ello propicia motivaciones e intereses hacia esta actividad y ejerce una importante influencia educativa que permite establecer normas y patrones de conducta cualitativamente superiores, porque la lectura no solo sirve para entretener y emplear útilmente el tiempo libre, sino también contribuye a la formación integral de la personalidad y a la preparación del hombre para la vida.

Es evidente la necesidad de potenciar el hábito lector, que se motive a los educandos para que lean por placer y no se convierta en una actividad mecánica, porque en cada lector se reflejan de manera diferente, con mayor o menor riqueza las significaciones y los sentimientos que pudo plasmar el escritor, los que no son posible transmitir fielmente del escritor al lector por medio del texto, sino que en el acto lector se

manifiesta un proceso de constante creación del que lee, a partir del cual crea su propio mundo.

Un sujeto con hábito lector estará mejor preparado para la vida, podrá participar de una manera más activa en la sociedad y tiene menos posibilidades de ser manipulado por los demás, al adquirir una mayor cultura general, de ahí que fortalecer la actividad de lectura en nuestra sociedad sea indispensable para cumplimentar el objetivo de la política educativa actual, por tanto debe constituir una tarea de primer orden de todos los agentes socializadores.

REFERENCIAS

- Abbagnano, N. (1972). *Diccionario de filosofía*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.
- Bermúdez, R. y Pérez, L. M. (2004). *Aprendizaje formativo y crecimiento personal*. La Habana: Pueblo y Educación
- Brito, H. (1984). Hábitos, habilidades y capacidades. *Varona*, 7(13), 73-87.
- Cerrillo, P. y García, J. (1996). *Hábitos lectores y animación a la lectura*. Castilla-La Mancha: Editorial de la Universidad.
- Diccionario Espasa Escolar*. (1989). Madrid. Espasa-Calpe.
- Fornet, A. (1997). *El libro en Cuba : siglos XVIII y XIX*. La Habana: Letras Cubanas.
- Fundora, J. L. (2008). *Actividades de orientación en la promoción de lectura para formar hábitos lectores en los estudiantes de séptimo grado de la ESBU Cosme Torres Izquierdo* (tesis de maestría inédita). Instituto Pedagógico Latinoamericano y Caribeño.
- González, D. J. (1995). *Teoría de la motivación y práctica profesional*. La Habana: Pueblo y Educación.
- González, F. (1985). *Psicología de la personalidad*. La Habana: Pueblo y Educación.
- Goodman, K. S. (1982). *El proceso de lectura: consideraciones a través de las lenguas y del desarrollo*. Recuperado de <http://www.educadormarista.com/PiensaPlus/PROCLECT.HTM>.
- Labrada, M. y Abreu, R. (2014). La lectura de textos científicos en estudiantes de las universidades de ciencias pedagógicas. *Opuntia Brava*, 6(1), 83-92. Recuperado de <http://opuntiabrava.ult.edu.cu/index.php/opuntiabrava/article/view/332/326>
- Lenin, V. I. (1986). *Obras completas* (tomo 38). Moscú: Progreso.
- León, I. (2013). La enseñanza de la construcción de textos. En *Didáctica de la lengua española y la literatura* (tomo 2, pp. 1-41). La Habana: Pueblo y Educación.
- Martí, J. (1975). *Obras completas* (tomos 6, 7, 8 y 11). La Habana: Ciencias Sociales.
- Martínez, M. (2003). Naturaleza y principios de la filosofía de la educación. Una reflexión. En *Filosofía de la educación* (pp. 1-14). La Habana: Pueblo y Educación.
- Martínez, M. y otros. (1989). *Temas de teoría literaria*. La Habana: Pueblo y Educación.

- Massip, A. (2007). *Lectura creadora; su estimulación en los escolares del nivel primario*. La Habana: Órgano Editor Educación Cubana.
- Montaño, J. R. (2005). Entre Ícaro y Dédalo. Rescatando la utopía de la enseñanza de la literatura y de la necesidad de la lectura de las grandes obras literarias de la humanidad. En *Español para todos* (pp. 81-91). La Habana: Pueblo y Educación.
- Montaño, J. R. (2006). *La Literatura y en desde para la escuela*. La Habana: Pueblo y Educación.
- Partido Comunista de Cuba. (1978). *Tesis y Resoluciones del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Rodríguez, L. (2007). *Lectura y comprensión: propósitos, realidades, soluciones*. La Habana: Órgano Editor Educación Cubana.
- Rodríguez, M. A. (2007). *Estrategias lectoras dependientes del contenido: propuesta para el trabajo con la obra de José Martí y Simón Rodríguez*. La Habana: Órgano Editor Educación Cubana.
- Vega, L. (2004). Sociología, cultura y literatura. En *Sociología de la cultura* (tomo 2, pp. 199-221). La Habana: Félix Varela.